

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1954 - - Número 63



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL





Rv^h 1



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 455



ARCHIVO HISPANENSE

REVISTA

HISTORIA, LINGÜÍSTICA

ECONOMÍA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1954



Tomo XX
Número 63

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1954

ENERO-FEBRERO

Número 63

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

- Joaquín González Moreno.—*El convento de San Antonio de Padua, de Sevilla*. (Nueve ilustraciones fuera de texto)..... 9
- Vicente García de Diego López.—*Notas psicológico-lingüísticas del andaluz* 27
- José López de Toro y José Serrano Calderó.—*El libro de las sentencias del duque de Alcalá*. (Dos ilustraciones fuera de texto). 35

MISCELANEA

- José Andrés Vázquez.—*Cauces de aguas imperiales*..... 67
- M. de Cárcer.—*¿Se llamó alguna vez patata a la papa en el siglo XVI?*..... 73
- Aurelio Alvarez Jusué.—*Lord Collet-Wellesley en Sevilla*..... 79
- *** *Concursos de Arte y Letras de la Excma. Diputación de Sevilla* (Patronato de Cultura) 83

LIBROS: Varios..... 85

CRÍTICA DE ARTE: { *Música*, Norberto Almandoz } 97
 { *Pintura y Escultura*, J. Guerrero Lovillo }

CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.—*Marzo y abril, 1947*.... 107

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

MISCELANEA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025

MISCELLANEA



CAUCES DE AGUAS IMPERIALES

Nos impulsa el deseo de recordar la bella leyenda popular de los ríos hispánicos que prefirieron darle al Océano Atlántico sus aguas al mismo día que Dios los hizo: después de emplear, con regusto cierto, sus creadoras manos omnipotentes, en modelar la Península y dotarla de todas sus ricas posibilidades vitales... Pues fué, que se juntaron los cuatro grandes ríos que andando el tiempo vendrían a llamarse Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir, y, nuevecillos y traviesos, emprendieron audaz carrera hacia el Oeste con el estímulo de ver quién de ellos llegaría primero al mar.

El Duero sabía que era largo su camino y dió en correr con prisa impetuosa... De tal modo, que a la vista ya de la inmensidad oceánica, se abrió paso con violencia y por poco más hunde en el socavón la tierra destinada para levantar la ínclita ciudad de Oporto.

El Tajo, que naciera predestinado a ser señor de dos nombres —*Tajo* para los españoles, *Tejo* para los lusos—, no quiso sacar ventaja de su menor curso y se recreó en el viaje, soñando con llenar de historia insigne toda la extensión territorial de su recorrido, destinado a ser doblemente imperial.

Por lo que corresponde al Guadiana, pensó con picardía que, si se ocultaba, sus hermanos perderían tiempo en buscarle por creerle extraviado... Y se metió bajo tierra en la Mancha, para salir de nuevo en Extremadura... Lo malo fué que sus hermanos no se preocuparon en buscarle poco ni mucho; y, como caminó a ciegas, torció el camino y lo hizo más largo.

En cuanto al Guadalquivir, también nacido para señorear imperio, emprendió, solemne, su viaje, dió, como el Tajo, en soñar con una posible misión histórica altísima y, sin mayores preocupaciones, salió al mar cuando quiso y por donde menos se le esperaba. Todavía es y al llegar a la llanura del valle inferior, corre por donde le parece, e individualista como la bética gente, va por los cauces sin cauce de su real gana caprichosa.

Naturalmente, el Duero ganó la carrera y allá en el Norte portugués proclamó su triunfo a los pies de una ciudad magnífica que, mediante el privilegio inicial de su río, es, por siempre la *ciudad invicta*.



No parezca mal que apliquemos el cuento por esta vez a formular desde las orillas del Guadalquivir un mensaje destinado al Tajo... Se trata de dos ríos que sintieron a la vez la misma plenitud de destino glorioso e hicieron cuanto había que hacer para cumplirlo y entregarle a la historia los testimonios de sus respectivas tareas singulares. De tal modo las sirvieron, que un poeta —fray José de Santa Rita, en su *Caramurú, poema épico del Descubrimiento de Bahía*— escribió en cierta altura, con armoniosa voz, estas palabras que aun calientan los corazones lusos y españoles en llamaradas de emoción fraterna:

*Do Tejo a China o Portuguez impera
De um polo ao outro o Castelhana voa
E os dois extremos de redonda esfera
Dependem de Sevilla e de Lisboa.*

Y como el Guadalquivir sabe muy bien la historia de su hermano el Tajo, cauce de hazañas imperiales lo mismo en tierras lusas que españolas, dejemos que nos refiera cuanto de ellas le plazca. Ciertos estamos de que tendrá a bien callar lo propio por ensalzar lo ajeno, aunque fraterno, no sin hacer constar su complacencia en que la última hazaña del Tajo fuese la gesta heroica del Alcázar de Toledo, cuyos muros baña, pues por ella, por la sangre generosa allí vertida, y por el cauce histórico llevada al mar de las descubridoras glorias comunes, España y Portugal reafirmaron su hermandad frente al nuevo peligro de que se perdiese la civilización cristiana; y, como cuando en Sevilla las vísperas de la batalla del Salado que la salvara otrora, diéronse cita con iguales anhelos almas y armas, por completo limpios del impuro deseo de cobrar botín.

¡El Tajo! ¡El Tajo! Mundos de heroísmo y poesía se reflejan en el espejo de sus aguas lusas: el ardiente Alentejo —granero inagotable, honda tinaja aceitera, almacén generoso de corcho para innumerables usos del hombre— nos mostrará los hitos históricos de sus bellos castillos; más adelante nos dejará ver en sus márgenes, como homenaje a Andalucía, los naranjales y olivares de Ribatejo donde, como aquí, muge los toros de lidia, y los atardeceres mágicos de la *borda d'agua* se llenan de melancólicas resonancias de cencerros de todo metal incluso del oro que las próximas Indias enviaron en sus galeones audaces.

Y, ¡Lisboa! Levántase a mirar cada mañana el gran espacio en que se abre el Tajo como para saludar y acoger los barcos del mundo entero que allí dan en juntarse. Y se recoge luego, cuando cae el sol, que después de sacar del agua sus rayos de índigo, naranja y nácar, deja una siembra de estrellas que enseguida comienzan a temblar en el ensueño. ¿Quién no recuerda en la ternura de la emoción, los de aquel singular «barco de las novias»?... Fué que la necesidad de poblar las tierras inmensas de los descubrimientos, exigió el envío de esposas para los

atareados colonizadores que carecían de tiempo para venir a la metrópoli por ellas. Y el gentil cargamento —el más singular cargamento que se fletara en el mundo: risas de juventud, afanes del amor, gracias de mujer— veló una noche sobre las aguas de este señor río hasta los matutinos resplandores que el buque aprovechó para salir al mar —como un solar resplandor más—, con un impulso de pañuelos en el aire y un imán de besos en la remota lejanía azul.

¡Ah! Pero la más solemne ocasión fué... Fué cuando el rey don Sebastián embarcó para salir luego hacia las tierras moghrebina a cumplir su destino de morir por un alto ideal cristiano que más tarde completaríamos los españoles en la misión política marroquí, como herederos del alto designio cortado por la muerte ante Alcazarquivir...

Recordemos.

Baja el rey de la catedral donde el arzobispo don Jorge de Almeida, revestido de capa propia del *asperges*, hizo con el hisopo en el aire las cruces rituales para bendecir la bandera que puso en alto, con arrogancia, el pundonoroso don Luis de Meneses. El estandarte es de damasco carmesí con franjas de plata; tiene a un lado la imagen de Jesús crucificado y al otro las cinco quinas reales, símbolo de las llagas del Señor... ¡Es la bandera sagrada de la Patria! ¡Por más gloria para ella van los expedicionarios! ¡Arriba, corazones portugueses!

Siente prisa el rey por embarcar inmediatamente. Quiere llevarse a Africa, sobre el terciopelo de su jubón, las gotas de agua bendita y el perfume del incienso; y entre los clamores de la despedida, estremecido de esperanzas, salta desde el Terreiro do Paço a la galera *San Martinho* que se mece sobre las aguas del ancho Tajo, espejo del alto cielo azul, y sube al castillo de popa de la nave, empavesada de gallardetes de seda pura como las grimpolas izadas a los topes de los mástiles. El real barco une a su belleza marinera el orgullo jubiloso de recibir a este maravilloso cruzado de antiguas épocas que se dispone a alcanzar, henchido de ensueños altísimos en el ardor de la fe y en la obstinación del honor, la muerte o la victoria, en lucha con los moros infieles, sobre los arenales africanos. Vencer o morir es indispensablemente necesario para la seguridad de la Cruz en las tierras cristianas de la Península. Por esta idea —que tanto preocupó, en su tiempo, la mente de Isabel la Católica—, arrostraba don Sebastián de Portugal el ingente sacrificio de consagrar su alma de héroe en una epopeya de sangre.

Con él va en las cincuenta naves mayores fletadas para la expedición, toda la hidalguía portuguesa y todo el pueblo llano portugués... Las entrañas de la gran flota van henchidas de municiones de boca y guerra y montones de bagajes. Treinta piezas de artillería aseguran la confianza en el armamento especial que apoyará a los mil peones y gastadores de Portugal que llevan junto a sí centenares de aventureros voluntarios lle-

gados de todas aquellas tierras donde se sentía el afán de pelea por la fe de Cristo.

Es la mañana serena de San Juan. El sol bermejo envía sus rayos cálidos sobre las sierras de Arrábida y parecen como de plata al tocar la blancura de Almada, en la otra banda, mientras las sombras se levantan de las siete colinas de Lisboa y dejan ver el cobre bruñido de los muros de la vieja alcazaba que sobre una de ellas se alza... El cielo, los montes, las aguas, son un límpido azulejo de verdes, azules y oros trémulos y rientes.

A bordo se estremece la alborozada faena de la largada. Cuerdas y jarcias corren en los cabrestantes y vigotas; gimen las drizas al izar las banderas, y los ásperos cabos hacen chirriar las roldanas al levantar las velas que un aire propicio pone tensas. Se cruzan en el aire las agudas señales silbadas y las voces firmes de mando. Las ampulosas panzas del velamen, rosadas por la luz baja del sol mañanero, parecen fabulosos pavos reales que ofreciesen, para la marcha guerrera, los colosales péchos soberbios, henchidos de un ignorado ímpetu.

Ya descende la armada, lenta y ufana, por el Tajo, cuyo verde satin, bañado por la luz primeriza, reaviva el rojo de las quillas que rompen el agua en hervores de nevada espuma. Son ochocientas velas blancas las que el viento hincha para poner de relieve en sus combas la roja Cruz de Cristo, sagrada divisa de un reino cristiano antes consagrado en las empresas del infante don Enrique y del rey don Manuel... Estallan los cañonazos, resuenan los tambores, arrullan, melódicos, los pifanos y dulzainas; soplan las trompetas sus clamores, y las largas tubas levantadas al cielo esmaltado, llaman a la altura infinita para que allá oigan y admiren a la magnífica escuadra, rica en colores y ensueños, que enfila el rumbo a tierras ardientes de infieles hostiles.

Y nadie ve los borbotones de lágrimas que, entre el júbilo alentador de la despedida, irrumpen de los ojos para llorar a escondidas por los que se van y por un recóndito presentimiento indeciso... Mas las campanas repican en las torres la señal de las esperanzas y la multitud parda y movediza que se extiende a lo largo del muelle, desde la Ribera a Santos y de Santos al Restelo, invoca la victoria y la llama con un denso agitar de pañuelos blancos.

Empenachada de ideal, la preciosa flota de la aventura mayor sale de la barra afuera y pone rumbo al Sur, florecida en sus colores, hidalga en sus determinaciones, santa en sus propósitos. Es una ingente conjunción de velas y almas para un cometido augusto. Es una empresa mística y patriótica en demanda de sueños que agraden a Dios y honren a la nación.

La magnífica flota doblará días después el cabo de San Vicente, donde en el siglo cuarto arribara el cuerpo del mártir santo que, sobre una barca desarbolada, custodiado por dos cuervos místicos, unió a popa

y otro a proa, lo llevarán luego hasta las puertas de la antigua Olissipo. ¿Pudo con la evocación sentir don Sebastián el estremecimiento de un augurio adverso? Si llegó a sentirlo, su ánimo decidido lo ahogó en nueva oleada de entusiasmo anhelante. Y es muy posible que la probable ráfaga pesimista fuese vencida por la fe, al pasar la galera real frente a la desembocadura risueña del hazañoso Guadalquivir; y que luego, en Cádiz, diese gracias a Dios por librarle del agorero desmayo. Porque se sabe que allí se detuvieron más de lo previsto para esperar a los bravos voluntarios andaluces —los que el Guadalquivir ponía en la empresa— que habíanse entretenido, entre olivos y naranjos, a templar sus guitarras para ir a enfrentarse con la muerte. Y mientras los hidalgos se divertían en las fiestas de toros y cañas que les ofreciera el duque de Medina Sidonia, saltó don Sebastián a tierra recatadamente para orar en la humilde ermita de San Antonio de los Portugueses —el taumaturgo de Padua nacido en Lisboa—, invocado para que refrescase, sobre su jubón de terciopelo, las gotas de agua bendita y el olor a incienso recibidos en la catedral antes de partir.

Y... adelante Portugal hacia su destino. Paso al rey que navega hacia su gran empresa; la que el pueblo y los más insignes poetas cantarán con sus acentos mejores. El pueblo, como auténtico mantenedor de las aspiraciones de la grey; los poetas, como las flores precursoras de los frutos. El ensueño no era individual, sino densamente colectivo; tenía su apoyo en el pensar y en el sentir íntimos de los más y los mejores. El timbre de sus voces conjuntas estaba en consonancia con las voces de todo Portugal.

Así fué luego de grande y general el dolor del fracaso ante Alcazarquivir. Así fué el llorar y el no avenirse. Así se levantó de la ilusión desvanecida y fugitiva, la creencia consoladora de que el infortunado monarca volvería del misterio de su desaparición, por el Tajo, un día de niebla... Dulce creer en los ensueños mágicos que forjan en las imaginaciones las nieblas que se levantan de los ríos...

También se levantan en el Guadalquivir, hermano del Tajo, por las madrugadas misteriosas. Se dice de ellas que son suaves respiraciones de las hadas que tejen la epopeya del agua...

Ambos ríos usufructan el sentido imperial de la historia peninsular. Por eso creemos que desde las orillas de nuestro Río Grande —que supo dar leyes al mar y no tributo, según el clásico—, puede invocarse al Tajo, que también las dió, y con ello ensalzarlo y amarlo. Son los dos ríos mayores de la leyenda de la carrera hacia el mar para ver quién lo alcanzaba primero... Dos, corrieron presurosos y alocados. Otros dos, los solemnes, avanzaron sin cauce, preocupación ni distancia y llegaron, sin embargo, a ser los dueños del atlántico mar, que es, en realidad, el mar de nuestra civilización: la ingente, cristiana e inimitable, labrada a fuego en la historia por las «ínlitas razas ubérrimas» que supieron darle su

sangre fecunda a medio mundo. El medio mundo descubierto para completar el de la Creación y dar perdurable testimonio de la obra completa de Dios.

Este es el mensaje fraterno del Guadalquivir al Tajo.

JOSE ANDRES VAZQUEZ.